

# TE JURO QUE ES POR TU BIEN



SUSANA IBÁÑEZ



Te juro que es por tu bien

# **Te juro que es por tu bien**

Susana Ibáñez

# Índice de contenido

Portadilla

Legales

La aguja en el ojo

Me verás volver

Agradecimientos

Ibáñez, María Susana

Te juro que es por tu bien / María Susana Ibáñez. - 1a ed. - Santa Fe : Palabrava, 2020.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4156-23-5

1. Narrativa Argentina. 2. Transexualidad. 3. Violencia. I. Título.  
CDD A863

**Te juro que es por tu bien**  
**Susana Ibáñez**

Editorial Palabrava  
Diagonal Maturo 786  
Santa Fe  
editorialpalabrava@yahoo.com.ar  
www.editorialpalabrava.blogspot.com

Colección Rosa de los vientos  
Directora de colección: Patricia Severín  
Coeditora: Viviana Rosenzvit

Diagramación: Álvaro Dorigo  
Diseño de Colección y Tapa: Álvaro Dorigo  
Santa Fe - www.sugoilab.com

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite  
ISBN edición digital (ePub): 978-987-4156-23-5

# LA AGUJA EN EL OJO



*...el tiempo es un árbol que no cesa de crecer*

Blanca Varela, *Así sea*

# 1

*¿Vos eras varón o mujer?*, me pregunta Doris cuando pasa a mi lado, y sin esperar respuesta se sube al taxi. La cabeza le tiembla casi tanto como la voz. La sobrina acomoda una valija en el asiento del acompañante, toma su lugar junto a ella y le dice algo al taxista, supongo que una dirección. Me quedo en la puerta del edificio porque creo que Doris me va a guiñar el ojo por la luneta trasera. Espero de ella un ademán de complicidad, pero no lo hace. El auto se aleja y pronto la pierdo de vista. Sé que antes de llegar a la esquina me habrá olvidado.

Si yo era varón o mujer fue lo primero que preguntó cuando llegamos al barrio, casi cuatro décadas atrás. Ese año yo pasaba a segundo grado, así que tiene que haber sido el verano del 83. El edificio al que nos mudamos, ya por entonces venido a menos, me parecía altísimo. El departamento estaba en el primer piso y tenía dos dormitorios y el único atractivo de un patio chico donde el bebé podría jugar. Cuando bajamos con mamá para hacer nuestra primera compra en el almacén de enfrente, Doris aprovechó que nos detuvimos en el semáforo y nos dijo que se llamaba Doris Díaz de Tonalí y que si necesitábamos algo le tocáramos el timbre. Señaló una casa sencilla contigua al edificio, en la ochava, con dos ventanas y una puerta verde de metal en medio. La puerta tenía una reja con tres barrotes en forma de lira que protegían una ventanita alargada, y sobre el vidrio había un cartel pegado. Cuando me acerqué para leerlo (*Modista - confección y arreglos - precios módicos*), oí que ella preguntaba: *¿es varón o nena?*

No sé qué contestó mamá, pero no olvido el porte de Doris aquellos años: el pelo rubio y a la nuca, un poco batido y con el flequillo corto, los ojos negros maquillados

de celeste a toda hora, la cintura angosta, los tacos finitos y las manos nerviosas. Me gusta pensar esa primera escena en nuestra historia con ella vestida de seda verde y cuello bote, como Doris Day en *Té para dos*, y me veo con el pelo al hombro, flequillo recto, mameluco de jean y remera, como me vestía por entonces.

*Es Emi*, tiene que haber dicho mamá, que estaba embarazada por esos días. Siempre decía eso, *es Emi*.

Durante toda la escuela primaria me mandaron a hacer la tarea a lo de Doris. Después me di cuenta de que iba a su casa porque mamá tomaba un empleo cada vez que papá nos dejaba por alguna empleada del negocio. A la muerte del abuelo, papá se había hecho cargo de un comercio céntrico que vendía desde medias a lapiceras fuente. En casa siempre teníamos medias nuevas, pero nunca suficientes cuadernos ni lápices. Antes de que naciera mi hermanito, a mi hermana y a mí de vez en cuando nos llevaba a pasar la tarde al negocio, pero ya siendo dueño supongo que se dio cuenta de que no era conveniente aparecer ante su joven empleada como padre de familia, por lo que dejó de hacerlo. La estrategia probó ser exitosa: cada año papá desaparecía unos meses, tragado por los abrazos efusivos de *la chica nueva*, como le decía mamá. Cuando se le gastaba la pasión regresaba, con cara de enojo y aburrimiento, se quejaba de tener que enfrentar un juicio por despido y retomaba su lugar en la mesa del domingo por un tiempo. Imagino que yo todavía no tenía edad para percibir o entender esas mudanzas temporales, o tal vez fuera por mi legendaria distracción. Tan lejano era el mundo que yo había decidido habitar, que cuando papá no vivía en casa yo creía que llegaba muy tarde del trabajo, cuando ya estábamos durmiendo, y que se iba tan temprano que no llegábamos a verlo.

Entendí mucho más tarde que mamá nos ocultó la errática vida amorosa de nuestro padre con un intrincado sistema de mentiras muy detalladas que incluían viajes,

reuniones, amigos enfermos y largas jornadas de remarcación de precios, tal vez la excusa más verosímil. Después de sus ausencias, él reaparecía con regalos importantes, como si todo ese tiempo hubiera estado pensando en nosotros. Lo cuento de esta manera pero nunca tengo la seguridad de que mis recuerdos sean precisos: tiendo a asociar los regalos con el final de cada período de ausencia, pero tal vez solo recuerdo las cosas en ese orden porque así cobran sentido y me reconcilian con lo que nos fue pasando.

## 2

Fue Doris la que se dio cuenta de que me costaba ver de lejos. Se lo dijo a mamá, después a papá, pero no hicieron nada; mamá, seguro que porque estaba trabajando para costear los gastos que papá no cubría cuando andaba de amores; él, porque cuando estaba en casa siempre tenía ganas de estar en otra parte. A veces nos quedábamos hablando con papá de qué estaba viendo yo en Historia en la escuela. Me sorprendía la cantidad de datos que él era capaz de recordar, desde el año en que murió Julio César hasta el nombre de los presidentes franceses de las diferentes Repúblicas. Siempre había tenido buena memoria, decía, y además la entrenaba a diario por tener que recordar tantos precios. Un día me di cuenta de que le gustaba hablar de la Guerra Civil Española. Cuando me contaba tal o cual detalle, que conocía porque a su vez lo había oído en la casa de su propio padre, siempre se ponía del lado de Franco; eso no me sorprendía, pero me costaba entender que también lagrimeara por Guernica. Lo cierto es que cuando se enteró de que yo no veía bien, no hizo nada.

En la escuela me las arreglaba sin ver de lejos porque en vez de copiar del pizarrón miraba la hoja de mi compañera

de banco, que escribía con el cuaderno en diagonal para que yo pudiera leer su letra agrandada a propósito. En las vacaciones de invierno me iba a lo de Doris después de almorzar y me quedaba hasta la noche, así que podía ver *Estrellita mía* y el noticiero mientras la ayudaba con la costura. Doris se quejaba de mi mala costumbre de acercarme demasiado al televisor y me preguntaba si me habían llevado al oculista, pero cuando notó que yo apenas podía enhebrar la aguja para hilvanar los ruedos, se calzó la cartera bajo el brazo, me agarró de la mano y, sin decirles nada a mis padres, me llevó a lo de un médico amigo. Alta miopía, astigmatismo y ambliopía, fue el diagnóstico. *Tenés un ojo como dormido, dijo el hombre, y corrés peligro de que se desvíe si no empezás a usarlo más.* Necesitaba anteojos permanentes lo antes posible para detener la pérdida de visión y la bizquera.

Recuerdo una discusión fuerte entre Doris y mamá. Me mandaron al cuarto que compartía con mi hermana y con mi hermanito y me dijeron que no saliera. Por más que me esforcé por entender de qué hablaban, solo distinguí la voz de Doris, más alta que lo habitual, diciendo *su salud y presten atención.* Mamá se mantuvo callada unos días, como si estuviera ofendida conmigo por haberme dejado revisar por un médico. *Siempre mintiendo, vos, me dijo. ¿Por qué no dijiste que la Doris te llevó al oculista?*

Una tarde, al volver de la escuela, me encontré con un par de anteojos muy gruesos y feos en la mesita de luz, calzados entre un cuaderno de mi hermana y la mamadera a medio terminar del más chico. *Ahí tenés, te los trajo la Doris, seguro que te van a quedar hermosos,* dijo mamá, con una sonrisa curvada hacia abajo que la hizo ver fea. *No basta con todo lo que ya te pasa, parece que además hay que ponerte anteojos...*

Doris me dijo que los usara, que era por mi bien. Mis padres, que cada tanto nos llevaban a una guardia pero nunca a un control pediátrico, preferían invertir en una